

Importancia del estudio de la Historia de la Iglesia

JESUS ALVAREZ GOMEZ

Presentación

La Historia de la Iglesia es una de las disciplinas que integran el curso teológico institucional en los Seminarios y en las Universidades de la Iglesia; también constituye una parte del plan de estudios del segundo curso de BUP para aquellos alumnos que optan por la asignatura de Religión. Ahora bien, por el número de clases que se le asignan en esos planes de estudios, la Historia de la Iglesia no es la asignatura más importante.

Tampoco se advierte la importancia de esta disciplina, si nos atenemos al espacio que se le dedica en el Decreto *Optatum Totius* del Vaticano II. Mientras que sobre el modo de estudiar la Teología dogmática y moral y la Sagrada Escritura se ocupan con amplitud, los Padres conciliares apenas si le dedican dos líneas a la Historia de la Iglesia.

Ahora bien, si se analiza el telón de fondo en que los Padres conciliares quieren situar la formación de los futuros sacerdo-

tes y de aquellos que se hayan de ocupar de algunas tareas evangelizadoras en el Pueblo de Dios, se advertirá de inmediato que la Historia de la Iglesia tiene una importancia decisiva.

No sólo la Historia de la Iglesia, sino la Historia en general goza en nuestro tiempo de un gran prestigio. Y no puede ser de otro modo, porque, si nos importa el hombre y todo lo que es humano, la Historia ha de ocupar un puesto relevante en su formación. La Historia es el relato de un mundo hecho por los hombres. La Historia nos informa cómo ha llegado a ser posible este mundo en que vivimos los hombres del siglo XX, abocados ya al siglo XXI.

La importancia de la Historia de la Iglesia se podría abordar desde muchas perspectivas. Una, y muy importante, podría ser la acción decisiva juzgada por la Iglesia en la transmisión de la cultura antigua y en la creación de una cultura nueva, la que se suele llamar *Cultura occidental*; pero en estas páginas nos ocuparemos preferentemente de la *importancia de la Historia de la Iglesia desde la relación que esta disciplina pueda tener respecto a la interioridad misma de la Iglesia*.

Podíamos evocar a este respecto aquellas palabras que escribió S. Kierkegaard en 1850: «Han pasado 1850 años desde que Jesucristo caminaba por aquí abajo, pero su presencia aquí no se ha convertido nunca en un simple hecho histórico, que se aleja cada vez más en el pasado. Mientras exista un creyente, es necesario que para ser o para llegar a ser tal, él haya sido y sea en cuanto creyente contemporáneo de la presencia de Cristo precisamente como la generación de aquel tiempo. Esta contemporaneidad es la condición de la fe; más exactamente, es la fe misma»¹.

Todo esto se hace posible en la Iglesia y por la Iglesia. En cada palabra, en cada acción de la Iglesia, a lo largo de su historia, no sólo hay un eco de la palabra y de la acción de Cristo, sino

¹ KIERKEGAARD, S., *L'Ecole du Christianisme*, en *Oeuvres Complètes*, XVIII, París, 1982, p. 7.

que es el mismo Cristo el que sigue hablando y actuando en la Iglesia y por la Iglesia.

Desde esta perspectiva, la Historia de la Iglesia tiene la máxima importancia para la vida y la existencia de todos los creyentes en Jesús de Nazaret.

I. Lo que es la Iglesia nos lo dirá su historia

La Historia no trata simplemente de reconstruir con toda objetividad el pasado, sino que, ante todo, intenta comprender su sentido, a fin de descubrir así sus valores permanentes. La manera de ser, de pensar y de trabajar del hombre de nuestro tiempo no es algo caído del cielo en un instante determinado, sino que es el resultado de un proceso de gestación a lo largo de los siglos. El presente es la síntesis del pasado y el germen del futuro. En cada instante vive y vibra todo el pasado de la humanidad.

Ahora bien, el mundo en que a nosotros nos ha tocado vivir está marcado en su historia por un hecho clave: la Religión; y, más concretamente, el mundo occidental lleva el sello de una Religión particular: el Cristianismo; la Iglesia; la Iglesia católica. Muchas de las características de lo que se llama mundo occidental o cultura occidental serían inexplicables si no se tuviera en cuenta la influencia cristiana, la influencia de la Iglesia. Esta influencia no se manifiesta solamente de una manera directa, sino también de una manera indirecta, en cuanto que los movimientos contrarios a la Iglesia han dejado en ella sus huellas, aunque sean huellas negativas.

Por otra parte, la forma de vivir prácticamente el Cristianismo, la manera concreta de encarnarse la Iglesia en cada época histórica, es algo que los mismos hombres han hecho. Lo cual significa que la Iglesia en cuanto tal tiene también su historia, porque, si bien la Iglesia es *obra de Dios*, efecto de una causa trascendente y, por lo mismo, situada más allá de la historia, la Iglesia es también *obra de los hombres*, que actúan en el

contexto de la historia. Es la *Iglesia de la fe* y la *Iglesia visible*; dos vertientes de una misma y única realidad: la *Iglesia que camina en la historia*.

La *Revelación* y la *Encarnación* son los presupuestos de la *historicidad* del Cristianismo. La revelación de Dios se ha realizado «con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de modo que las obras realizadas por Dios en la *Historia de la salvación* manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas» (DV 2).

La *Historia de la salvación* empieza por la elección del Pueblo de Israel y está consignada en el Antiguo Testamento. Pero el Pueblo de Israel, su historia, están orientados hacia Cristo. Por eso, la encarnación del Verbo es el punto en torno al cual gira toda la historia de la salvación. En Cristo alcanzan su explicación cumplida, tanto todo lo que le precede como todo lo que viene después de Él. La Encarnación es el punto teándrico, punto luminoso bifronte, que orienta hacia Cristo todo el pasado de la humanidad; y que le da consistencia a todo el futuro: «Dispuso Dios benignamente que todo lo que había revelado para la salvación de los hombres, permaneciera íntegro para siempre, y se fuera transmitiendo a todas las generaciones» (DV 7).

La Iglesia conserva y proclama la Revelación; y administra la gracia de Cristo. El número segundo de la *Lumen Gentium* describe el ser y el hacer de la Iglesia en su historia: «Determinó convocar a los creyentes en Cristo en la Santa Iglesia, que fue ya prefigurada desde el origen del mundo, preparada admirablemente en la historia del Pueblo de Israel y en el Antiguo Testamento, constituida en los últimos tiempos, manifestada en la efusión del Espíritu Santo y se perfeccionará gloriosamente al fin de los tiempos» (LG 2).

Lo que es la Iglesia nos lo dirá su historia; la historia de la única Iglesia, porque la *Iglesia de la fe* y la *Iglesia visible* no son dos Iglesias distintas sino la única y misma Iglesia, en cuanto que es efecto del concurso del factor divino y del factor humano.

La comprensión de un personaje, de una institución, exige un profundo conocimiento de su historia. En el campo de la biografía, cuando se olvida la historia, se termina en la fantasía. También la comprensión de la Iglesia exige el conocimiento de su historia, porque la Iglesia se hace en la historia; y, por eso, una vez más, *lo que es la Iglesia nos lo dirá su historia*.

La Historia es la conciencia viva de la Iglesia, en cuanto que, como dice E. Benz, la Iglesia «confronta su actualidad ininterrumpidamente con sus comienzos y con su imagen original, y descubre las raíces de un desviamiento o de una corrupción y mantiene la autocrítica, y así desempeña la función espiritual de un continuo autocontrol»².

La Iglesia significa la irrupción de Dios en la condición humana y temporal del hombre, en íntima conexión con la encarnación del Verbo de Dios. Como dice Karl Rahner, de la misma manera que el Hombre-Dios, que es Cristo, lo divino y lo humano constituyen una unidad perfecta en admirable unión personal, otro tanto acaece en la Iglesia, cuya esencia más profunda representa «la presencia histórica permanente en el mundo del Verbo de Dios hecho carne»³.

II. Importancia de la Historia de la Iglesia para la Eclesiología

La cultura moderna se caracteriza por una gran preocupación por la historia en todos los ámbitos del saber. Posiblemente hayan sido las dramáticas consecuencias de las dos Guerras mundiales lo que ha hecho que los hombres de pensamiento se hayan preguntado reiteradamente por la historia, no sólo desde una perspectiva historicista; es decir, no sólo desde una preocupación que se agota en la curiosidad y en el gozo meramente intelectuales, sino desde una perspectiva que intenta captar

² BENZ, E., *Das Studium der Kirchengeschichte*, en FRICK, H. (ed.), *Einführung in das Studium der Evangelischen Theologie*, Giessen, 1947, p. 57.

³ RAHNER, K., *Episcopado y Primado*, en *Quaestiones disputatae*, Barcelona, 1965, p. 30.

el sentido y la naturaleza específica que se va manifestando en la evolución y desarrollo del sujeto historiado. En nuestro caso, este sujeto es la Iglesia.

De ahí se deduce la importancia decisiva que tiene la Historia de la Iglesia, no sólo para la Eclesiología sino también para la Teología en general, porque, como ha dicho el Cardenal Ratzinger en una obra de juventud, la Iglesia es la presencia de la Palabra de Dios en el mundo⁴.

En este sentido, no es de extrañar que la Historia de la Iglesia ocupe un puesto de primera fila en la reorganización de los estudios teológicos, preconizada en el Decreto *Optatam Totius*, del Vaticano II sobre la formación sacerdotal, y plasmada en la instrucción de la Congregación para la educación católica sobre *La formación teológica de los futuros sacerdotes* (1976) (cfr. nn. 74, 86, 88, 114) y, especialmente, en la Constitución apostólica de Juan Pablo II, *Sapientia christiana* (1979)⁵.

Ya en el siglo XVI, en un momento estelar de la renovación de la metodología teológica, Melchor Cano le daba a la Historia una importancia decisiva, no sólo para el equipamiento del hombre culto en general, cuando decía que nadie puede ser considerado como culto si no conoce el pasado⁶, sino también cuando afirmaba que el conocimiento de la historia, y, de una manera muy especial, de la Historia de la Iglesia, es absolutamente imprescindible para el quehacer teológico propiamente dicho⁷.

El Decreto conciliar *Optatam Totius* enmarca en una perspectiva eminentemente eclesiológica la enseñanza y el estudio de la Historia de la Iglesia: «En la enseñanza de la Historia eclesial, atiéndase al misterio de la Iglesia, según la Constitución dogmática *De Ecclesia*» (OT 16).

⁴ RATZINGER, J., *Teología e Historia*, Salamanca, 1972.

⁵ Cfr. *Apéndice II*, n. 8.

⁶ «Nulli satis eruditi videntur, quibus res olim gestae ignotae sunt» *De locis theologis*, XI, 2.

⁷ «Viri omnes docti consentiunt rudes omnino theologos esse illos, in quorum elucubrationibus historia muta est». *Ibidem*.

La Historia de la Iglesia se distingue de la Historia del Cristianismo, porque aquella no es simplemente la Historia de una idea, es decir, de una esencia cualquiera del Cristianismo, porque, en cuanto que es *Historia* no se ocupa de *ideas abstractas* sino de *hechos concretos*, de *instituciones*, que acaecen y se desarrollan en un tiempo y en un lugar determinados.

Por eso mismo, la imagen de la Iglesia que se aviene con su Historia no es la de una *roca* que emerge en medio del mar, ni siquiera la de una *barca* que cruza las olas; porque la roca y la barca son realidades a-históricas; no es tampoco un edificio de piedras muertas, por hermoso que resulte, sino un edificio construido de piedras vivas; o la semilla evangélica que, como ya decía Vicente de Lerins, «no implica disminución alguna de lo que le es propio ni cambio de su esencia»⁸.

Si uno de los pilares de la historicidad de la Iglesia es la misma encarnación de Cristo⁹, se puede afirmar también con K.D. Schmidt, que «la historia de la Iglesia no es otra cosa que la historia del Cristo que continúa actuando en el mundo»¹⁰.

La importancia, pues, de la Historia de la Iglesia radica no en aquello que pueda tener, como dice H. Jedin, de «tienda de antigüedades de la Iglesia misma», sino en aquello que tiene de «inteligencia de sí y, por ende, un elemento integrante de la eclesiología»¹¹.

III. Importancia de la Historia de la Iglesia como auxiliar de la Teología sistemática y pastoral

La Historia de la Iglesia es ciencia en sí misma; y en sí misma tiene su propia razón de ser. Por lo mismo no recibe su propia

⁸ *Commonitorium*, c. 29.

⁹ JEDIN, H., *Kirchengeschichte als Theologie*, en *Seminarium*, 1 (1973), p. 48-49.

¹⁰ SCHMIDT, K.D., *Grundriss der Kirchengeschichte*, Göttingen, 1963, p. 6.

¹¹ JEDIN, H., o.c., p. 49. Cfr. BENZ, E., *Das Studium der Kirchengeschichte*, en FRICK, H. (ed.), *Einführung in das Studium der Evangelischen Theologie*, Giessen, 1947, p. 57.

identidad desde su condición de *auxiliar* de ninguna otra ciencia. La Historia eclesiástica es una ciencia empírica en su sentido más pleno, porque su objeto es una institución humana y visible, compuesta por hombres y dirigida por hombres, cuyas vicisitudes pueden ser sometidas al análisis más riguroso de la ciencia histórica.

Pero la Historia de la Iglesia, por otra parte, no agota todas sus posibilidades en el análisis empírico, porque su objeto, la Iglesia, está compuesta también por un factor divino; y esto le da un carácter teológico. El historiador tiene que emplear en su cometido de tal, las categorías científicas que le proporciona la ciencia histórica, pero en cuanto creyente; sin que esto le condicione su condición de historiador, puede y debe iluminar su quehacer histórico. Es la perspectiva en la que se sitúa el Decreto conciliar *Optatam Totius* cuando aconseja el estudio de la Historia de la Iglesia teniendo como trasfondo del mismo la nueva imagen que de sí misma ofrece hoy la Iglesia en la *Lumen Gentium* (OT 16).

Los dos componentes de la Iglesia —la infinita plenitud de su esencia y la mutabilidad de su historia— originan una mutación de la misma, no ya en su esencia, a lo largo del tiempo y del espacio. Como dice P. Lippert, «el fenómeno de la Iglesia es inmensamente rico, multiforme y variable en medio de la estabilidad de su forma fundamental»¹².

La Historia de la Iglesia es teología, y, más concretamente, es «eclesiología histórica» porque, como dice Hubert Jedin, su objeto es la Iglesia —cuya identidad más profunda solamente puede ser conocida a la luz de la fe; y porque su origen y su desarrollo están bajo la constante acción del Espíritu Santo¹³.

Desde el punto de vista de la Teología, la Historia de la Iglesia es la edificación del Cuerpo de Cristo. La autoridad y el poder de Cristo hacen indefectible a la Iglesia; la acción y el sacrificio de Cristo son, en expresión de San Ignacio de Antioquía, la

¹² LIPPERT, P., *La Iglesia de Cristo*, p. 20.

¹³ JEDIN, H., *Chiesa della fede, Chiesa della Storia*, Brescia, 1972, p. 54.

«medicina de la inmortalidad» para cada hombre y para todo el Cuerpo místico de Cristo en su conjunto¹⁴, mientras que quienes siembran la discordia y las falsas doctrinas se convierten en «fármaco de muerte»¹⁵.

Desde el punto de vista de la historia, la Historia de la Iglesia es el desarrollo de la misma Iglesia desde sus orígenes hacia una Iglesia mundial. Por la promesa divina de perennidad, hasta el fin de los tiempos, la Iglesia se mantiene invariablemente la misma, tal como la fundó Cristo, el Señor, a través de la cual El mismo sigue actuando en el mundo; pero, al estar configurada por hombres, presa permanente de imperfecciones, faltas y pecados, la Iglesia experimenta una verdadera evolución, positiva unas veces, y negativa otras; cosa, por otra parte, inherente a toda creación y a todo acontecer humanos.

Ahora bien, en el cuadro de las disciplinas teológicas, la Historia de la Iglesia, como la exégesis bíblica, hay que encuadrarla dentro de la llamada *Teología positiva*. Y desde aquí ejerce una tarea de importancia decisiva para la *Teología sistemática*, tanto dogmática como moral. Sin la Historia de la Iglesia, tanto la Teología dogmática como la Teología moral corren el riesgo de convertirse en meras especulaciones inútiles.

La Historia de la Iglesia estudia, según las categorías que le son propias a la ciencia histórica, la difusión geográfica de la Iglesia, el ejercicio de su Magisterio, la evolución de su culto, la aparición y desaparición de sus estructuras jurídicas. Solamente a través del conocimiento de los hechos, se le abrirán a los teólogos sistemáticos las puertas de la Tradición de la Iglesia. ¿Cómo podrá interpretar con exactitud el teólogo las decisiones del Magisterio si no conoce los errores que aquel condena, o las definiciones dogmáticas sin conocer el contexto en que se promulgan?

El Decreto conciliar sobre la formación de los sacerdotes le asigna a la Historia de la Iglesia una función de la máxima impor-

¹⁴ SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los Efesios*, XX, 2.

¹⁵ ID., *Carta a los Tralianos*, VI, 2.

tancia; a saber, la de servir de *aglutinante* de todas las demás disciplinas del curso teológico: «Expóngase luego a los alumnos la contribución que los Padres de la Iglesia de Oriente y de Occidente han aportado a la fiel transmisión y comprensión de cada una de las verdades de la revelación, y la historia posterior del Dogma, considerada incluso en relación con la *Historia de la Iglesia*; aprendan luego los alumnos a ilustrar los misterios de la salvación, cuanto más puedan, y comprenderlos más profundamente, y observar sus mutuas relaciones por medio de la especulación...; a aplicar las *verdades eternas* a la *variable condición de las cosas humanas*, y a comunicarlas de un modo apropiado a los hombres de su tiempo» (OT 16).

En este párrafo del Concilio se ponen en perfecta conexión la *Teología sistemática* y la *Teología pastoral*; y tanto la primera como la segunda, sería imposible llevarlas al cumplimiento de su misión específica sin la ayuda de la Historia de la Iglesia. Es más, si se hace un análisis atento de todo el programa de renovación propuesto por el Vaticano II a la Iglesia de hoy, se verá sin dificultad cómo la Historia de la Iglesia juega un papel decisivo en todas sus vertientes. Valga esta breve enumeración de datos:

- a) No hubiese existido una polémica tan acerva contra la *Co-legalidad episcopal*, definida por la *Lumen Gentium* como una *communio* (LG 21, 22, 25), si se hubiese tenido en cuenta desde el principio lo que esa expresión significaba en la Iglesia primitiva. Como quedó bien claro en la entrevista entre el Papa Aniceto y Policarpo de Esmirna (155) sobre la fecha de la celebración de la Pascua, el concepto de *Communio* no se refería solamente a la comunión en la misma fe, sino también a la comunión eucarística, a la conmemoración en los dípticos litúrgicos, a la comunicación epistolar entre las diferentes iglesias locales. Esto demuestra que se podía disentir de la Sede romana en cuestiones meramente disciplinares sin que por ello se quebrase la comunión, como de hecho sucedió entre las dos personalidades eclesiales mencionadas.

- b) La restauración de las *Conferencias episcopales*, lo mismo que la Colegialidad episcopal, no hubiese aparecido como una novedad sospechosa, si se hubiese tenido en cuenta la estructura sinodal de la Iglesia primitiva; si no se hubiesen olvidado las competencias que tenían entonces los sínodos locales, provinciales y Patriarcales; si hubiesen sido conscientes de que el centralismo romano, tanto fiscal como jurisdiccional y litúrgico, fueron creaciones de la Reforma Gregoriana, de la residencia de los papas en Aviñón, y del Concilio de Trento.
- c) Otro tanto cabría decir en torno a las relaciones entre las diócesis y las parroquias. Cuando el Decreto *Christus Dominus* (n. 30) define a los párrocos como «cooperadores de manera principal del obispo», no hace sino evocar el origen de las parroquias rurales, cuando se dio aquel tránsito del mundo urbano del Imperio Romano al mundo rural surgido de las invasiones de los Pueblos germánicos, entendiendo la parroquia rural como una célula de la vida eclesial, subordinada a la diócesis. Cuando ahora se está verificando o se ha consumado ya de nuevo el tránsito del mundo rural a un mundo urbano, cada vez más masificado, en el que ni las gentes que viven en un mismo edificio se conocen, ¿podrá seguir teniendo sentido una parroquia organizada territorialmente, como cuando las gentes que vivían en las villas medievales se conocían todos, porque casi todos eran, a la vez que vecinos, parientes?
- d) La revisión impuesta por el Concilio a la Liturgia se basa en gran medida en el conocimiento de la Historia de la Iglesia. La administración de los sacramentos y los distintos ritos litúrgicos resultan incomprensibles si no se conoce su evolución a través, sobre todo, de la Edad Media. La Liturgia de las Horas cultiva la misma Historia de la Iglesia en las biografías de los santos. En los ambientes clericales corría este axioma: «Eres más mentiroso que el Tercer Nocturno»; precisamente porque en esa parte de la Liturgia de las Horas se leía la biografía del santo del día; biografía con harta frecuencia plagada de leyendas y de piadosas falsedades (SC 92).

- e) El Decreto sobre el *Ecumenismo* le asigna a la Historia de la Iglesia una función tan importante como bella: Desintoxicar las relaciones enconadas entre las distintas confesiones cristianas. Cuando hoy se analizan, con la distancia cronológica y anímica que ha proporcionado el largo curso de los siglos, las causas y las circunstancias que motivaron las divisiones de la Iglesia, se advierte con luz meridiana que la separación ya no tiene razón alguna de ser, si es que alguna vez la tuvo (UR 5, 10).
- f) La importancia de la Historia eclesiástica se pone también de manifiesto desde una perspectiva cultural. La mentalidad histórica y la información misma que la Historia de la Iglesia proporciona, capacita de una manera especial a todos los cristianos, pero especialmente a quienes tienen una misión de evangelización, para el diálogo con los hombres de hoy (OT 19). Un estudio serio de la Historia de la Iglesia sería el mejor comentario a la Constitución *Gaudium et Spes* en la que se pone muy de relieve la nueva actitud de la Iglesia frente al mundo y especialmente frente a la cultura. No hay historiador imparcial y objetivo, creyente o no creyente, que no reconozca los grandes méritos contraídos por la Iglesia en favor de la cultura.

IV. Importancia de la Historia de la Iglesia en la solución de las crisis de la Iglesia

Contra la Historia de la Iglesia se han lanzado también algunas acusaciones. La más grave, sin duda, es la que le atribuye el fomentar la disensión y, por consiguiente, las crisis en la Iglesia. El fundamento de esta acusación consiste en que la Historia le da publicidad a los trapos sucios de la Iglesia; y, por lo mismo, favorece la crítica contra la jerarquía eclesiástica.

Esta acusación se basa en una imagen irreal de la Iglesia; aquella imagen que presenta a la Iglesia sin mancha ni arruga. Pero esa no es la Iglesia de la Historia, sino la *Iglesia triunfante*. Esa imagen puede provocar mucho daño. Como dice H. Jedin, «quien

deseo colaborar en la misión de la Iglesia entre los hombres, no puede contentarse con aceptar la Iglesia como una idea divina en el plan salvífico de Dios; sino que debe aceptarla como una realidad histórica, como realización de esa idea, mediante el trabajo conjunto de Dios con los hombres, que el mismo Dios llama y salva»¹⁶.

La Iglesia es *santa* porque es obra de Dios; pero la Iglesia es también *pecadora* porque es obra de los hombres. Esta paradoja viviente que es la Iglesia la entendieron muy bien los Santos Padres cuando la definían, en su forma histórica, como una *casta meretriz*.

La Historia de la Iglesia es acusada también de ineficacia en los tiempos de crisis de la Iglesia. Lo dice, con su pizca de humor, J. Fischer: «En la actual situación de la Iglesia, el historiador es considerado por muchos como un hombre que mientras que arde su casa, en vez de echar mano a un extintor, se dedica a leer la historia del cuerpo de bomberos»¹⁷.

En esta hora del mundo, un hecho hay que dar por cierto: una profunda oleada de crisis está invadiendo al mundo. El propio Vaticano II la describió con trazos bien marcados. Se trata de una *crisis profunda*, que afecta a todos los planos de la existencia humana: «la turbación actual de los espíritus y la transformación de las condiciones de vida están vinculadas a una *revolución global*» (GS 5). Es una crisis rápida, acelerada y portadora de desequilibrios (GS 4-8).

La Iglesia es víctima también de esta crisis; no puede menos de sentir en sí misma algunos ramalazos del actual convulsionismo del mundo; porque, si bien la Iglesia no es de este mundo (Jn 18, 36), está en este mundo, y ejerce su ministerio en este mundo. En este sentido, la Iglesia no puede «vanagloriarse» de la «originalidad» de su crisis actual; pero, sin duda, esta crisis generalizada que afecta al mundo está teniendo una gran repercusión sobre ella.

¹⁶ JEDIN, H., *Lección de despedida de la cátedra de Historia de la Iglesia en la Universidad de Bonn, 27.7.1965*, en *Echo der Zeit*, 33 (1965), p. 8.

¹⁷ FISCHER, J., *Kirchengeschichte heute*, Trier, 1970, p. 16.

Por otra parte, para quien conoce la Historia de la Iglesia, esta crisis no debería ser motivo alguno de debilitamiento de su fe en la Iglesia y en el poder de Dios que la dirige. Estas crisis no son nada más que jalones que van marcando las diferentes etapas de su Historia, porque demuestran, en definitiva, su misión y su fuerza divinas. Son una señal inequívoca de su vitalidad y un factor de su progreso. Estas crisis son necesarias para demostrar en cada nueva época de su historia lo esencial de su fidelidad al mensaje revelado. Puede existir una fe más viva y verdadera en un territorio de misión perdido en la selva o en el desierto, o en una iglesia sometida a toda clase de vejaciones por parte de los poderes de este mundo, que en una nación oficialmente católica, y gobernada por un dirigente católico.

Los testimonios de la propia vida y del martirio de los cristianos son mucho más fecundos para la Iglesia que todos los Concordatos firmados con las mayores potencias del mundo. Ciertos progresos, de los que tantas veces se han enorgullecido los católicos, en realidad escondían una gran derrota de la Iglesia; y, en cambio, lo que en ocasiones han parecido derrotas, han sido el punto de partida para un futuro eclesial lleno de promesas. Fue un ejemplo sintomático, en este sentido, la usurpación de los Estados Pontificios por parte de los Piamonteses (1861). Cuando todos empezaban a entonar el requiem por el Papado, en realidad se estaban sentando las bases del extraordinario influjo moral que el Papado ha ejercido sobre el mundo en el último siglo.

La crisis actual de la Iglesia hace cada vez más urgente una mejor y más profunda enseñanza de la Historia eclesiástica. ¿Quién puede dudar de que las discusiones entre las dos corrientes que ya se pusieron de manifiesto en el aula conciliar, *progresistas* y *conservadores*, hubieran adquirido un matiz mucho más sereno después del Concilio, si en uno y otro bando hubiese existido un mejor conocimiento histórico de los asuntos en discusión?

En vez de mantenerse asidos a la letra y al espíritu de los De-

cretos conciliares, los progresistas han reclamado a veces una renovación que ha podido degenerar en revolución; y los conservadores no han valorado las reformas estructurales pedidas por el Concilio como una renovación sobre la «forma» dada por Dios a su Iglesia, sino como una rotura con su tradición.

Quien conozca la Historia de la Iglesia no será ni *revolucionario* ni *reaccionario*, porque sabrá cómo la Iglesia se ha ido adaptando a los grandes cambios en los que estaba empeñada la misma humanidad en cada nueva etapa histórica. El paso del mundo judaico al mundo grecorromano supuso una profunda crisis en la Iglesia; otro tanto acaeció cuando la Iglesia tuvo que dejar a un lado el ropaje imperial romano para adaptarse al ropaje de los pueblos bárbaros; lo mismo en el paso de la Edad Media al Renacimiento; y de este al mundo de la Ilustración. Y todas esas crisis, por no citar otras pertenecientes más directamente a la vida interna de la Iglesia, como el cisma de Oriente (1054) o la Reforma protestante del siglo XVI, fueron superadas sin que las respectivas adaptaciones a las cambiadas circunstancias del mundo y de la cultura hayan supuesto jamás la pérdida del más mínimo elemento de su patrimonio revelado¹⁸.

¹⁸ KURTH, G., *L'Eglise aux tournants de l'Histoire*, París, 1907, p. 12-13.